

La estatua

Ya era hora de hacer el cambio de armario, esta vez tenía tiempo de sobra para sacar la ropa de primavera-verano y guardar la de otoño-invierno. Lo había dejado para lo último, antes había preferido ordenar y limpiar otros espacios de la casa que, aunque, a simple vista, no estaban excesivamente sucios sí que requerían una limpieza en profundidad.

De entre sus jerséis de lana encontró la horrenda y pesada estatua de bronce que le regaló su tía abuela para su boda. En su familia nadie pensaba que se pudiera casar, todos creían que acabaría soltera y sin hijos. Sin embargo, al final encontró a un hombre que, al igual que ella, buscaba escapar de aquel estigma con el que la gente del pueblo les había marcado. Escondía aquella pieza de mal gusto porque le recordaba la mala decisión que tomó con aquel *sí, quiero*. Encubría aquella monstruosidad porque le evocaba aquel fatídico día en el que descubrió a su marido en actitud impúdica con su hijo de apenas dos años. Ocultó aquella figura maciza porque con ella le reventó la cabeza a aquel malnacido que intentó propasarse con su vástago. Debería haberse quedado soltera como toda su familia esperaba, debería de haberse resignado y no haber querido acallar las habladurías. Si lo hubiera hecho así, no habría tenido que mentir y llorar dramáticamente porque su marido les había abandonado de repente sin dar ninguna explicación. Si lo hubiera hecho así, no habría tenido que deshacerse de su cuerpo en bolsas de plástico distribuyéndolas por diferentes contenedores de su localidad y de otras colindantes.

No sabía porqué guardaba aquella prueba del delito, tal vez era una manera de castigarse y flagelarse con el *mea culpa* como cuando era pequeña. O tal vez era porque era una manera de recordarse y dejar latente que por su hijo haría cualquier cosa.

Rosa Forner Calpe